

Cuénteme usted su vida

CILLA EL DIBUJANTE OLVIDADO

La España de hace cincuenta años, vista por su más popular comentarista



Ramón Cilla, el gran dibujante, cuyo nombre llenó toda una época de la vida madrileña...

¡Aquellos hombrines de Cilla, con levitín deslucido y pantalón ceñido, que decían tristemente unos versos jocosos de Ramos Carrión o de Vital Aza burlándose de su hambre de cesantes! ¿Llegará Sagasta? ¿Caerá Cánovas por fin? La España pintoresca y gesticulante de aquella época, con su admiración repartida entre Cánovas y Sagasta, entre *Lagartijo* y *Frasquito*. Una España que nos duele hondo a los hombres de ahora ante esta otra España magnífica que las juventudes proletarias y republicanas están forjando a costa de su sangre.

El viejo dibujante en su salón

Hace unos meses fuimos a ver a Cilla a su casa para desenterrar del olvido el nombre del caricaturista, famoso en otros tiempos. Nuestra hora le había apartado de la circulación de las hojas impresas con fuertes puños picassianos. Nuestra hora y la edad, proyectando un mundo de sombras sobre sus ojos claros, acostumbrados a la captura del rasgo destacado y de la línea burlesca. Porque Cilla está, desde hace algunos años, casi ciego.

Aparte de estos estragos, Cilla es un buen viejo que sabe dar cada día un limpio quiebro de cintura al tiempo. Apenas ve ya; pero su cuerpo se mantiene ágil, juvenilmente nervioso. Y en su barbita, profesoral y en punta, aun queda algún que otro hilo obscuro que ponen líneas juveniles en el rostro sonrosado y faunescos.

¡Si Cilla no estuviera medio ciego! Si no estuviera medio ciego, es posible que aun estuviera exhibiendo sus hombrines de levitín deslucido en la primera página de los diarios. A pesar de que los puños picassianos han quedado apartarle a un lado del camino de nuestro tiempo.

Humor de mil ochocientos noventa y tantos

Con Cilla sobran las preguntas preparatorias de las entrevistas. Ante la primera insinuación, el viejo dibujante cuenta su vida, matizando sus palabras de un gracejo que las vivifica y las hace más plásticas.

Apenas he tenido tiempo de dar una ojeada a su despacho—fotografías con amarillez melancólica y lejana, dibujos y óleos entre muebles isabelinos y gruesas cortinas de terciopelo—cuando Cilla empieza a hablarme de su tiempo. Las palabras le fluyen con rapidez y con facilidad de buen conversador.

—Usted, claro—me dice—, no ha conocido el *Madrid Cómico*. ¡Aquello era un periódico! ¿Sabe usted quién era Taboada? Un humorista de cuerpo entero y uno de los hombres más graciosos que han existido. A ustedes, a los hombres de ahora, es posible que no les haga gracia; pero es porque no han conocido el ambiente en que nosotros nos desenvolvíamos. ¡Ah, si ustedes hubieran conocido aquel Madrid chiquito de mis años mozos! Ahora

da usted duros a peseta en la Puerta del Sol, y no se enteran ni los guardias del Ministerio. Aquellos eran otros tiempos. Entonces se cobraban dos duros por un artículo o una caricatura, y aquellas diez pesetas nos parecían un cuento de las mil y muchísimas noches.

—Pero aquel humorismo...

—Verá usted cómo era. Juzgue por la muestra: Llegó a Madrid un valenciano y se presentó en la Redacción de *Madrid Cómico*. Taboada le tomó como blanco de sus bromas. Y contaba de él cosas tan graciosas como ésta: Paseaba el tal valenciano con un sobrino suyo por la Casa de Campo cuando le preguntó el chico: «Oye, tío Miguel, ¿qué árboles son éstos?» «Estos, hijo mío; son chopos. Los que dan esa madera con la que se hacen las mesas de pino».

Aquello era gracia completa. Gracia en la ocurrencia, en el gesto, en todo. Ustedes tienen menos gracia que nosotros.

Vida y muerte del «Madrid Cómico»

—¿Cómo hacían ustedes el *Madrid Cómico*?

—Con muchos esfuerzos económicos. Entonces un duro valía más que ahora un billete de veinte. Tirábamos cerca de dos mil ejemplares. En aquella época no se conocía el fotograbado, y hacíamos en piedra los dibujos. Pagábamos muy bien porque teníamos las mejores firmas de la época: Javier de Burgos, Echegaray, Marcos Zapata, Sawa, Sinesio Delgado, Ricardo de la Vega, Ramos Carrión, Vital Aza, Campeamor, Carlos Ossorio y Gallardo, *Clarín*... Todos cobraban dos duros por artículo, excepto *Clarín*, que llegó a cobrar cincuenta duros por dos «Paliques» mensuales.

—¿Por qué murió la revista?

—Porque salieron *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo* con fotograbado y todos los progresos de la imprenta, y nos mataron. ¡Si viera usted qué artículo hizo Sinesio despidiéndose del público!

Las musas hacen publicidad

—¿Había entonces mucha publicidad?

—Regular. Por un anuncio con mono y el texto en verso cobrábamos en *Madrid Cómico* seis reales, con la obligación de cambiar todas las semanas el verso y el dibujo.

—¿Recuerda usted algún anuncio de éstos?

—Ahí va uno:

*Los bastones que usa Dios
se los hace por su cuenta
Grass (hijo), Alcalá, 40,
y Príncipe, 22.*

No está mal, ¿verdad?

Poesía y pintura

—¿Cómo era la pintura de entonces?

—Pintura. Esto le parecerá a usted una perogrullada, pero tiene su intrínquis, su «busilis», como hemos dicho siempre los castizos de Madrid. La pintura de ahora no es pintura. ¿Usted cree que se pueden ver, por ejemplo, las decoraciones de estos últimos años? Todas son iguales: una casa que se cae, con un agujero aquí y una mancha allí. Pero, claro, ahora se dice que para pintar no hace falta dibujar. ¡Ese Picasso!... Los jóvenes actuales tiran por tierra al mejor ilustrador que hemos tenidos desde hace muchísimos años: Méndez Bringa. ¡Eso era un dibujante de cuerpo entero!

—¿Y la poesía, don Ramón?

—Poesía también. La de ahora no se puede recitar. Pero aquella... ¡Aquel don José Zorrilla! ¡Aquel Campeamor, lleno de filosofía!...

Una vida de trabajo

—¿Cuántos dibujos habrá usted hecho a lo largo de su vida?

—¡Qué sé yo! ¡Cuántos es capaz de calcularlo!



Talle de avispa, peinado pomposo, bandolina y opoponax: He aquí una elegante de 1800... y tantos, vista por Cilla



Un dibujo de Cilla de 1885.—Esto es lo que luego «La Correspondencia»—la vieja «Corres»—llamaba, en los «Ecos de Sociedad», un «gomoso»

Miles y miles, porque yo no he hecho en toda mi vida otra cosa que trabajar. Empecé a dibujar a los catorce años, para sacar mi casa adelante, y lo he dejado hace diez años, que me faltó la vista. Durante muchas épocas he colaborado en doce o catorce periódicos al mismo tiempo.

Bécquer y la abogada

—¿Qué impresión le produce la vida actual?

—No acabo de acoplarme a ella. Para mí es muy triste que, después de la guerra europea, se haya perdido el encanto supremo de la vida: la mujer. La mujer es hoy un compañero, no la flor romántica de entonces. Les habla usted de amor a las mujeres de ahora, y le responden explicándole el binomio de Newton. Yo no podría, francamente, enamorarme de una abogada o de una teniente de alcalde. Y es que nosotros éramos unos románticos. Las mujeres de mi época lloraban leyendo las rimas de Bécquer. Las de hoy dicen que Bécquer estaba enfermo, que si Freud, que si patatín, que si patatán... ¿Usted concibe a Bécquer bajo una ducha fría?

—¿Cómo distribuye usted las horas del día?

—Por las mañanas paseo un poco. Luego hago un poco de tertulia en un café. ¡Ay, aquellos tiempos en que cada café era un parnasillo!

Todo esto, sin apenas quitar punto ni coma, me lo dijo Cilla, durante una hora de amable conversación.

¡Qué lejos, ahora más que nunca, aquella España lamentable que repartía su admiración entre Cánovas y *Frasquito*!

A. O. S.